



Paren... me quiero bajar

Por Jorge Ramos Avalos



Venecia, Italia. Vi el letrero sobre una pared mientras un taxi acuático me llevaba del aeropuerto a la ciudad. SLOW DOWN GLOBALIZATION. Las gruesas letras de graffiti, escritas de prisa y hasta con rencor, eran un grito y una denuncia. Algo así como: paren; me quiero bajar.

Y me pareció muy curioso que esta queja surgiera en Venecia, una ciudad irrepetible. Pensaba que pueden copiar las hamburguesas, el sushi, los tacos, las pinturas, la tecnología, los CD's, los coches, la ropa, la música y montones de ciudades...pero no Venecia. (El burdo intento de crear canales venecianos dentro del hotel Venetian de Las Vegas es patético, incluyendo a sus gondoleros, cantores y vestidos de negro, que se lo toman tan en serio.)

Venecia es irrepetible e improbable. Una ciudad como esta no debería existir. Pero existe. Los 60,000 residentes de Venecia protegen sus calles, sus palacios, sus museos, su vidrio, sus horarios y su visión del mundo con fiereza medieval.

El mejor ejemplo de resistencia contra la globalización que encontré en Venecia fueron unas trufas de chocolate, hechas a mano, en la tienda apropiadamente llamada Vizio-Virtú. Son, al mismo tiempo, tentadoras e imposibles de copiar. Cada esfera –suave por dentro, sólida por fuera, espolvoreada en su superficie- es un pedacito de paraíso. Pero la globalización también aprieta a Venecia. La pasta en los restaurantes bajo el puente Rialto ya no es italiana; es de una desabrida receta universal. La comida rápida le gana



espacio a los sitios que llevan con honor el sello de Slow Food (un movimiento gastronómico que gana adeptos en Europa). La zona de las tiendas tiene las típicas Armani, Hugo Boss y Zara, como en cualquier metrópolis. Y los

100,000 turistas que la invaden cada día del verano la estandarizan, la aplanan y la vuelven un lugar más que fotografiar. Venecia se globaliza a riesgo de perder lo que la hace distinta.

Stop... I want to get off!

By Jorge Ramos Avalos

Venice, Italy. I saw the words on a wall while a water-taxi was taking me from the airport to the city. SLOW DOWN GLOBALIZATION! The heavy graffiti lettering, clearly written with haste and hostility, was a cry of protest and condemnation. A bit like: Stop! I want to get off.

It was strange that this was happening in Venice, a city without equal. I was thinking you could clone hamburgers, sushi, tacos, paintings, technology, CDs, cars, clothes, music, as well as many cities ... but not Venice. (The crass effort to recreate Venetian canals inside the Venetian Hotel in Las Vegas is pathetic, including its absurd singing gondoliers, clad in black, who perform their act so seriously.)

Venice is unparalleled and so improbable. A city like this should not exist. But it does. The 60,000 residents of Venice protect their streets, their museums, their glass, their timetable and vision of the world with a medieval zeal.

I found a wonderful example of this resistance to globalization in some handmade chocolate truffles in a shop properly called Vizio-Virtu (something like Vice&Virtue). They are tempting and yet impossible to duplicate. Each sphere -- soft in the inside, solid on the outside, glazed on its surface -- is a little piece of paradise.

But globalization is, indeed, pressing on Venice. The pasta served at the restaurants under the Rialto Bridge is

no longer Italian; it is made from a flavorless, universal recipe. Fast food is gaining on restaurants that carry, with pride, the Slow Food seal (a gastronomical movement gaining adherents in Europe). The commercial zone has the typical stores -- Armani, Hugo Boss, and Zara -- of any metropolis.

And the 100,000 tourists who invade Venice every day during the summer months standardize and level it -- turning it into just another place to photograph. By becoming globalized, Venice stands to lose precisely what makes it different.